

toda su belleza, ó si alguna le queda al ambicioso pensamiento, está mezclada de inquietud, desasosiego, desconfianzas, temores y zozobras. En medio de este aflictivo acompañamiento ¿qué dicha podrá emanar de la decantada belleza de tal idea? Para un comerciante es bellísima idea enviar á América un cargamento de géneros, que han de venderse á subido precio; la nave que lo lleva sale del puerto, y con el cuidado de los peligros que ha de correr en la azarosa navegacion, la idea pierde su belleza, y la incertidumbre del éxito de la expedicion agita al del hermoso pensamiento hasta introducir en su mente desconsoladora turbacion, abrumador cansancio, tristeza y mal-estar. ¿Y hay cosa que mas halague que un pensamiento de amor? ¿Y hay cosa que tenga mas espinas?

## CAPÍTULO VIII.

*Aparente belleza de ciertos pensamientos.*  
*Los deseos. Doctrina de los Estoicos*  
*contraria á la naturaleza. Mal-estar del*  
*que mucho piensa en una misma cosa.*  
*Dos clases de pensamientos. Qué debe*  
*hacerse con los que traen consigo alguna*  
*turbacion.*

De las observaciones del capítulo precedente se deduce que los bellos pensamientos que envuelven ó traen consigo deseos mas ó menos vehementes de éxito incierto, son de una belleza solo aparente, y en realidad encierran copiosa dosis de amargura, y en especial cuando llegan á tener un marcado predominio, cuando acompañan á las horas de dormir, de comer y de pasear; entonces se convierten en una verdadera plaga interior, en una enfermedad de curacion difícil y que requiere medicinas muy fuertes y eficaces. Es de suma importancia prevenir con tiempo esta clase de males,



no dejándose avasallar por unos enemigos, que se presentan con cara de amigos.

Y ahora recordaré que aun entre los paganos, algunos de sus mejores filósofos hicieron consistir la felicidad en la moderacion de los deseos, sin duda conociendo que estos exacerbados son cruelísimo tormento. ¿Y pretenderé yo reducir al hombre al estado de un autómeta sin afecciones ni deseos? Nada de eso. La doctrina de los estóicos es contraria á la naturaleza, y por lo mismo impracticable. Las criaturas racionales deben saber á dónde se dirigen y qué pretenden; pero no se necesita para esto que se atormenten de continuo pensando siempre en el angustioso blanco de su anhelo. Estoy plenamente convencido de que conviene considerar muy despacio los negocios bajo todos sus aspectos, y para nada soy partidario de la imprudente precipitacion; mas despues de haber resuelto, prévio un maduro y detenido exámen del asunto, siendo ineficaces los deseos para asegurar su cumplimiento ó su buen resultado, es preciso tenerlos á raya, si no se quiere que nos subyuguen y nos acibaren la vida.

Nada cansa y fatiga tanto como el pensar

en una misma cosa. Para un navegante la idea de su llegada al puerto es placentera; y sin embargo quien venga del Perú á Europa en buque de vela, si está todos los dias suspirando por el puerto, tiene algunos meses de inquietud atormentadora; mientras otro compañero de viaje que no se acuerda tanto del puerto deseado, goza de mas sosiego y lo pasa mejor. Es innegable que uno y otro anhelan llegar al término de su navegacion, y ambos llegan al mismo tiempo, como que vienen en una misma nave; pero el que se fatigaba pensando en él á todas horas, tuvo por inseparable compañera la vana crueldad de sus deseos; mientras el otro vino plácidamente, divirtiéndose ó con los espumosos regimientos de las olas, las cuales corren por los mares como escuadrones en formacion perfecta, ó con los vientos que zumban hinchando las velas del navío, ó con los peces que relumbrando serpentean al rededor de la embarcacion, ó con los delfines que saltan, ó con las nubes que se matizan de variados y vistosisimos colores, ó con la inmensidad del cielo, ó con la del abismo de agua, de que solo le separa una tabla.



Si se quiere procurar la felicidad del pensamiento, hay que examinar la naturaleza y propiedades de cuantos de ordinario se presentan á la mente, para lo cual no se requieren grandes conocimientos, ni estudio profundo, ni mucha atencion; pues su propia experiencia demuestra á cada cual lo que son por los efectos que producen. Ni hay que extrañar que hable de experiencia, pues me refiero á los pensamientos que no pasan de corrida, sino que se detienen y hacen visitas algo frecuentes y largas. Cualquiera puede observar en sí mismo estas dos clases de pensamientos. Unos que son como amigos de la casa, que entran y salen á todas horas, que acompañan casi todos los dias y á diferentes horas y forman un círculo no muy dilatado de tertulios de confianza: otros que son como las personas, á quienes solo en la calle se saluda en casuales encuentros, ó las que se buscan solo para un negocio, ó las que se visitan rara vez solo por cumplido. Casi nada ocurre que decir en particular acerca de esta segunda clase de pensamientos instantáneos, fugitivos ó pasajeros, pues su veloz inestabilidad en cierto modo los hace menos atendibles bajo el aspec-

to de la felicidad en que ahora los considero.

En cuanto á los primeros, que no se contentan con una fugaz visita, la propia conveniencia exige que se despida á todos los que en medio de sus bellas apariencias y hasta de sus halagos introducen alguna turbacion en el alma. Mirad esa jóven hermosa, rica, prendada, querida de sus padres. ¿Qué le falta para ser feliz? Se la tiene por dichosa; pero ella sabe que no lo es; está en edad de casarse, y la idea de matrimonio que con deslumbradora adulacion le hace la corte, al mismo tiempo que la halaga, la perturba algo ó mucho interiormente, y por eso se engañan los que la juzgan envidiable. Decidle al oido que para lograr la felicidad del pensamiento, sin la cual nunca tendrá descanso y menos verdadera dicha en medio de todas las ventajas de que la Providencia la ha enriquecido, deseche toda idea que le cause alguna turbacion, y despues de haberlo hecho y recobrado la límpida placidez del alma, os dará las mas cumplidas gracias. Que se case enhorabuena cuando encuentre un buen esposo; entonces le daremos el parabien. Mientras no llegue este caso, aleje de sí la idea perturba-



dora, serénese su cielo esplendoroso; huya la nube de tempestad; resplandezca purísimo el horizonte de su alma. Si lo que halaga turba, el halago es ilusión, es engaño, es traición.

### CAPÍTULO IX.

*Todos los hombres son capaces de tener bellos pensamientos: alternan estos en la mente con otros de distinto género. Doctrina de S. Ignacio de Loyola. Debe aprovecharse la venida de los buenos pensamientos.*

Temo que acaso para algunos la belleza del pensamiento sea cosa poco entendida, ó bien porque no tienen ejercitado el gusto, ó porque carecen de aquella fina delicadeza, que hace saborearse con todo lo bello. Sin embargo, la idea de la belleza la comprenden sin explicación casi todos los hombres, y me parece que todos son capaces de tener bellos pensamientos, porque todos pueden pensar en cosas bellas ó tomar de los libros pensamien-

tos hermosos y retenerlos para recrearse con ellos. Vienen estos algunas veces como una ráfaga de luz á disipar nuestras tinieblas y á alegrarnos dulcemente, como alternando con los de mala ley, de modo que en el campo de nuestra alma ora se siente cual embalsamado céfiro el suavísimo aliento del ángel bueno, ora el tenebroso huracán en que se envuelve el ángel de los abismos. Que estas dos contrarias y misteriosas influencias alternen según las inescrutables disposiciones de la divina Providencia, es doctrina enseñada por San Ignacio de Loyola en su profundo libro de los ejercicios tan admirado como venerado entre los sabios de la Iglesia católica.

Ahora bien, como para el objeto de procurar la felicidad interior, sirve igualmente todo pensamiento plácido, ya sea bello en sí mismo é inocente sin llegar á ser un ejercicio de virtud, ya sea moralmente bueno, en cuyo caso le es inseparable una belleza de un orden superior; cuando se perciba que domina en la mente la alternativa bonancible, ó sea, según la indicación del filósofo santo de Manresa, el influjo del cielo, se debe abrir el alma para recibirlo y hacer todo lo posible



para gozarlo muy despacio, para detenerlo, para que no ceda el puesto á la otra funestísima influencia. Estos continuos altibajos y contrarias ventoleras echará de ver en sí mismo cualquiera que fije un poco la atención en sus adentros; pues advertirá que sin saber por qué ni cómo, ya le sobreviene un pensamiento negro y tentador, ya le halaga y como que le vivifica otro dulce y de tendencia virtuosa. Pues bien; ya que la mente humana tiene como el mar sus mareas alta y baja, viendo que los marineros se aprovechan de ellas segun les conviene para salir á la pesca ó volver al puerto, debemos aprovecharnos tambien de las oleadas de los buenos pensamientos, y hacer con ellos lo que acontece comunmente en las visitas; si el que visita agrada al visitado, este se complace en detenerle, entablado con él una larga conversacion; pero si por el contrario no gusta la visita, se escasean las palabras para que no haya ocasion de prolongarla, no dando pie á dilatada habladuría. Sígase igual conducta con los pensamientos buenos y malos, acariciando á los primeros, recibéndolos con agasajo, brindándoles con la habitacion y convidándolos á

que vuelvan como agradecidos al afectuoso hospedaje que se les ha hecho, y se verá cuánto se ha adelantado en el camino de la felicidad interior.

#### CAPÍTULO X.

##### *De uno de los requisitos necesarios para la felicidad del pensamiento.*

Sin gobierno no hay orden, sin orden no hay direccion, sin direccion no es posible encaminar á otro hácia un fin propuesto. Así para conseguir la felicidad del pensamiento llevo indicada la necesidad de un gobierno, de un orden y de una direccion interior; y ahora añado que para lograr esto se requiere algo de soledad, al modo que para predicar es mas á propósito el púlpito, para las evoluciones de la caballería la llanura, para las observaciones astronómicas la noche despejada. Entre el bullicio continuo en que muchos viven alborotadamente, el pensamiento no tiene lugar para dominarse á sí mismo, se deja arrastrar por la corriente del dia, y parece que no posee una vida propia, sino que la recibe de otros.



Se dirá que en semejante situacion la distraccion continúa es por sí sola un buen medio de alejar los pensamientos tristes; y confesaré desde luego que hay en ello mucho de verdadero, y tan lejos estoy de negarlo que propongo la ocupacion continúa como uno de los medios mas eficaces para evitar el predominio de la tristeza. Pero debe observarse: 1.º Que cuando están muy arraigados los pensamientos melancólicos, ó cuando los produce una pesadumbre grave y reciente, se sobrepone á este contra-veneno, y á pesar de él siguen labrando la muerte, como lo experimentan los que víctimas de un sentimiento vivo y profundo, aunque tengan á su cargo muchos negocios, se lamentan de que la vehemencia de su dolor les quita el aliento para el trabajo y les atormenta en todas partes y á todas horas. 2.º Que ahora no se trata solamente de huir del mal, sino tambien de proporcionarse esas apacibles fruiciones internas, que es imposible hallar entre el ruido estrepitoso de los teatros, orquestas y saraos.

La misma naturaleza de la mente está diciendo que entre tal bulla no es señora de sí misma. Ha menester algo de tranquila soledad;

y no es necesario que esta sea absoluta como la de los cartujos ó ermitaños; basta que se evite una continua disipacion, y que para el ordenamiento interior queden algunos ratos. Y en que siempre quedan no cabe duda; sea en el lecho, sea en el campo, sea en la calle, sea en algun intermedio de trabajo siempre es dable atender á dar al pensamiento una direccion suave hácia lo bello, lo bueno, lo apacible, lo sublime ó lo santo. Una señora de muy claro entendimiento, que ya no existe y entonces se hallaba en los umbrales de la vejez, me decia que gozaba verdaderamente despertando al amanecer, porque entonces con la cabeza despejada y á solas componia el mundo á su manera. Y acaso eran aquellos los únicos momentos en que la virtuosa matrona respiraba en medio de sus continuados padecimientos.

Que la soledad sea dulce para el alma, cabalmente porque en ella son mejores los pensamientos, es una verdad que han consignado en sus obras de un modo mas ó menos explicito varios esclarecidos poetas, los cuales en sus composiciones manifiestan que en ella hallaron para sus penas un misterioso reme-



dio ó un lenitivo consolador. Seamos claros: para todo es necesario cierto estudio, y para el estudio práctico de la felicidad del pensamiento conviene un poco de soledad. Ella premia á quien la busca con buen ánimo y con buen fin.

Los frutos del recogimiento pensador por lo regular son algo duraderos. No solo se goza cuando actualmente reina en la cabeza un buen pensamiento, sino que este suele dejar huellas de luz, paz y dulzura; del mismo modo que leer un trozo de sublime poesía deja el ánimo agradablemente exaltado, de suerte que aun despues de cerrado el libro, parece que nos quedan algunas luminosas chispas de su fuego poético. Todo lo que afecta á nuestra alma de una ú otra manera, produce sus consecuencias, que son una especie de dilatacion ó extension de las impresiones, que para distinguir las de las mencionadas consecuencias, podemos llamar actuales, correspondiéndoles esta calificacion en los momentos en que obran, por decirlo así, de lleno; así la ira, aun cuando haya pasado su efervescencia, deja en pos de sí una especie de commocion altiva; así una conversacion triste deja en pos

5811

de sí cierta laxitud desagradable; así una noticia sorprendente deja en pos de sí un resto de asombro y de atolondramiento; así una grande alegría deja en pos de sí un gozo mas templado. Y así la interna dulzura de los pensamientos plácidos saboreados en apacible soledad deja en pos de sí una grata bonanza, en cuyo estado es muy fácil volver á las mas encantadoras fruiciones de la felicidad del pensamiento.

De lo expuesto se deduce que una vida agitada por tumultuosas y ruidosas diversiones no es á propósito para conseguirla, estando aquella cifrada en la apacible placidez del alma, la cual se pierde siempre que haya agitacion, sea de la clase que fuere. Quien vive con mas serenidad y menos algazara está sin duda alguna mejor dispuesto para lograrla. Y en efecto, las señoras acaloradas en el baile no tendrán en su mente el suavísimo placer de la que mientras aplica su dedo delicado á empujar la sutil aguja, piensa con regalada dulzura en el beneficio inmenso que Dios le ha hecho dándole un marido virtuoso que la ama, y en cuya bondadosa honradez se está ella recreando contemplativamente; ó el de

011632



otra que mientras mece la cuna de su preciosa niña, tiene fijo su dulce pensamiento de madre en el atractivo y hechizo de la hermosa inocencia de los niños.

### CAPÍTULO XI.

*Del robo lícito de los bellos pensamientos.*

*Propónese un método para leer con fruto en orden á la felicidad del pensamiento.*

Habrà quien formando de la belleza un elevado concepto, y reconociendo la postracion y esterilidad de su mente, se crea incapaz de pensamientos bellos. Prescindiendo por ahora de argüirle directamente, y dando por cosa probada la supuesta incapacidad, aun no tendrá excusa para no aspirar á la felicidad del pensamiento, pues en esta materia, y nótese bien, *tan solo en esta materia*, es lícito tomar de lo ajeno sin faltar á ninguna ley humana ni divina; antes bien es útil, conveniente, ventajósísimo, loable, y muchas veces hasta necesario. Los robados, lejos de quejarse, agra-

decen que se les robe, pues con este fin escriben sus pensamientos, los imprimen y los reimprimen, para comunicarlos á otros, para hacerlos del dominio de cualquiera que lea sus libros, sea conocido suyo ó desconocido, malo ó bueno, sábio ó ignorante, hombre ó mujer; á todos franquean las arcas en que guardan los tesoros de sus bellos pensamientos para que se los apropien y hagan de ellos el uso que les parezca. No haya pues miedo de robar á los autores cuando convenga lo que ellos mismos desean que se les robe. Además, hay la ventaja de que no solo no lo llevan á mal, sino que ignoran que se les está hurtando, aunque el hurto dure medio siglo; por consiguiente no hay peligro, ni vergüenza, ni menoscabo de honra, y por el contrario, entre los literatos á los que mas se han provisto de lo ajeno se da el honorífico dictado de eruditos.

Ni se crea que estas indicaciones se dirigen á aconsejar la lectura en general; esto será tan bueno como se quiera para diversos fines, para evitar la ociosidad, para distraerse, para instruirse superficialmente, para poder hablar de libros y de autores, para almacenar con mezcolanza confusa algunas nociones di-